

José Asunción Silva, el periodista desconocido

Escribe: ENRIQUE SANTOS MOLANO

“DESGRACIA. Con verdadera sorpresa, con estupor, diremos, recibió ayer Bogotá entero, la fatal nueva del fin trágico y prematuro como terminó la existencia de nuestro amigo el señor don José Asunción Silva. Nada hacía prever desenlace tan terrible en un hombre que ocupaba puesto distinguido en nuestra sociedad, a quien la naturaleza había dotado de inteligencia, fecunda imaginación y belleza varonil, unido esto a ilustración nada común y exquisita cultura.

Conmovidos con tan inmensa desgracia acompañamos a su infortunada madre y hermana en la amarga, indecible pena que los embarga”. (sic).

Esta somera nota necrológica se publicó en “El Telegrama” de Bogotá, el 25 de mayo de 1896. No deja de admirar que el diario colombiano de mayor influencia en la década de 1886 a 1896 dedicara apenas un comentario escueto a quien fuese durante esos diez años su colaborador permanente y, hasta 1893, su anunciador más importante: el gran poeta José Asunción Silva. Parece que por los días de 1896 José Asunción Silva no gozaba de simpatía entre las gentes del gobierno. Don Jerónimo Argáez, director propietario de “El Telegrama”, recibió consejos amistosos en el sentido de no armar barullo en torno a la muerte de Silva, y se le persuadió asimismo para que dejara en paz, en conveniente olvido, la memoria del poeta cuyo cuerpo acababan de arrojar a un muladar.

Nunca han tocado este punto los biógrafos de José Asunción Silva. En realidad, desde cuando Baldomero Sanín Cano calló lo que sabía, y Daniel Arias Argáez inventó lo que igno-

raba, los **investigadores** de la vida y de la obra de Silva no han hecho sino repetir lo dicho por los dos **amigos** del poeta. Estos y aquellos distorsionaron de tal modo su figura, que acaso resulte legítimo pensar que el José Asunción Silva creado en las biografías jamás existió **objetivamente**.

Un aspecto desconocido en la vida de Silva es el de su actividad como periodista. Los periodistas de hoy tienen la goma de creer que antes de ellos no existía la profesión. Existía. Y en los finales del siglo XIX uno de los buenos periodistas bogotanos se llamaba José Asunción Silva Gómez, que ejerció una actividad de reportero-cronista-crítico-editorialista, intensa y sostenida, en el lapso de octubre de 1886 a mayo de 1896.

“El Telegrama” apareció en octubre de 1886. Su director, don Jerónimo Argáez, muy amigo de la familia Silva, supo apreciar y aprovechar las poderosas cualidades intelectuales de José Asunción. Los avisos del “Almacén de Ricardo Silva e Hijo” se insertan ya en los primeros números de “El Telegrama”. A la muerte de don Ricardo (1887), su hijo José Asunción, se encarga de administrar el almacén. Inversamente a la afirmación de sus biógrafos, José Asunción Silva no recibe “una empresa en quiebra, un inventario de deudas”. El negocio iba próspero y él se encargaría de aumentarlo. Los anuncios en “El Telegrama”, lejos de desaparecer con don Ricardo, aumentan en tamaño y calidad. José Asunción Silva conocía los alcances de la publicidad y abrigaba al respecto ideas avanzadas que no entendían sus contemporáneos. Es el primero que gasta avisos de página entera para ponderar la excelencia de los artículos exhibidos en el “Almacén de Ricardo Silva e Hijo”. Al año y medio de la muerte del padre, el “Almacén de Ricardo Silva e Hijo” ha superado las esperanzas más locas y logrado tamaño éxito. José Asunción se ve obligado a abrir una sucursal archilujosa “en los bajos de la casa de don Diego Suárez”. La de “Ricardo Silva e Hijo” era la única tienda de comercio que en el Bogotá de 1890 contaba con sucursal.

Si esto atañe más al comercio que al periodismo, en Silva se entrelazan ambos oficios. Además de los avisos, el próspero comerciante y poeta enviaba nutrida colaboración periodística a “El Telegrama”. Lamentablemente no la firmaba o la firmaba con seudónimo, proceder que no obedeció a modestia. Los motivos para ocultar su nombre en la mayoría de escritos que publicaba, nacían de raíces profundas. Las analizaré en su oportunidad; por ahora adelanto que, en una investigación de casi doce

años, he podido comprobar que las firmas de “F. de la Mesa”, “Marcos Jil”, “Manuel”, “Mun E’Lar”, “Mirna E’Lar”, “Min E’Lar”, “Juan Gil”, y por lo menos otras cinco con las que aparecen innumerables artículos en “El Telegrama”, son, sin lugar a dudas, seudónimos utilizados por José Asunción Silva.

La colaboración de Silva en “El Telegrama” abarca múltiples aspectos: extractar y traducir artículos de periódicos franceses, ingleses o americanos; cubrir las temporadas de ópera y de teatro que entonces pululaban en Bogotá; comentar los sucesos más recientes; ejercer la crítica literaria.

La lectura de “El Telegrama” deviene indispensable para obtener la verdadera biografía de José Asunción Silva y desentrañar abundantes datos que omiten sus biógrafos. Desde luego, no fue “El Telegrama” el único periódico en que colaboró Silva. También lo hizo en “El Heraldo”, semanario de José Joaquín Pérez, y ocasionalmente en revistas como “La Revista Literaria”, de Laverde Amaya, y la “Revista Gris”, de M. Grillo. El “Nocturno” se publicó por primera vez en “La lectura para todos”, de Cartagena (Nº 7, agosto de 1894) y lo reprodujeron “El Telegrama” de Bogotá (enero 2 de 1895) y la revista “Cosmópolis” de Caracas (octubre de 1894).

Los biógrafos de Silva resolvieron que el poeta pasó por la vida como **un ilustre desconocido**. (Según Laureano García Ortiz “la masa anónima le fue hostil”). Los periódicos, las revistas y varios testimonios de la época, que dichos biógrafos no recogen, dan a entender lo contrario. Para 1896 José Asunción Silva gozaba en América de un prestigio similar al de su colega de Nicaragua, Rubén Darío.

Otra faceta que se les evade a los biógrafos de José Asunción Silva es la política, actividad que puede rastreársele a lo largo de “El Telegrama”. Silva era miembro militante de la “Sociedad de Socorros Mutuos de Bogotá”, entidad que presidía don Luis G. Rivas. La “Sociedad de Socorros Mutuos” se dedicaba a fines caritativos y a organizar políticamente a los obreros de Bogotá. El 18 de enero de 1893 estalló en la capital un levantamiento de obreros, reprimido sangrientamente. El gobierno culpó a la “Sociedad de Socorros Mutuos” por el acto subversivo, ordenó su disolución y el arresto de sus principales miembros. Sin embargo el presidente de la sociedad, don Luis G. Rivas, y su secretario, don José Asunción Silva, se salvaron de ir a la cárcel

gracias a la intervención de don Carlos Holguín, el político más importante de su tiempo, expresidente de la República y padre de la bellísima Julia, admirada y admiradora de José Asunción.

La "Sociedad de Socorros Mutuos" mantenía una actividad cultural enérgica. En agosto de 1889 se efectuó una de las habituales sesiones literarias en las cuales escritores y poetas afiliados leían sus trabajos. "El Telegrama" cuenta en uno de los apartes de su crónica: "Luego hablaron también los socios Felipe F. Paúl, Sixto Escobar y Manuel A. Rueda: leyó el socio Isaac Arias A. un bonito romance de su cosecha sobre la fundación de Bogotá; y por último leyó el socio José Asunción Silva una narración o cuento que fue más bien complicado discurso de política en el que a vueltas de encomiar la paz y el progreso de la República, puso de siete colores los partidos políticos del país, sus hombres y su historia". ("El Telegrama", agosto 12 de 1889).

Colaboradora de Silva en las actividades de la "Sociedad de Socorros Mutuos" lo era su hermana Elvira, la mujer más hermosa de Bogotá; pero la colaboración de Elvira no consistía en la pasión incestuosa por su hermano, que le atribuyen graciosamente los biógrafos morbosos del poeta. Elvira fue una activista de la "Sociedad de Socorros Mutuos". Vivía buena parte de su tiempo entre los obreros de Bogotá, compadecida por sus sufrimientos y necesidades, solidaria con ellos, arrostrando con ellos el duro frío de las noches bogotanas. Atendiéndoles, sirviéndoles en cuanto estaba a su alcance. Si en la alta sociedad la admiraban por su extraordinaria belleza, el proletariado bogotano la adoraba por la extraordinaria bondad de su alma. Basta con leer la edición completa que "El Telegrama" de Bogotá dedica a la memoria de Elvira Silva para entender hasta donde se había entregado al servicio de los desvalidos. A consecuencia de una pulmonía feroz, que pescó por estar expuesta al frío, a la pobreza ya los malos olores de los tugurios bogotanos, Elvira Silva Gómez falleció el 11 de enero de 1891. Un año después, en un relato conmovedor, Helena Miralla Zuleta describe el impresionante dolor colectivo en que la desaparición de Elvira Silva envolvió a la ciudad. Los obreros de Bogotá mandaron tantas flores, que "un jovencito, conductor del tranvía" le comentó sollozando a la cronista: —¡El cajón de la señorita Elvira es una sola flor! ("El Telegrama", enero 11 de 1892).

* * *

Envidiosos que nunca faltan, aunque siempre sobran, consideraban a José Asunción Silva un presumido intratable. Rivas Groot y Lorenzo Marroquín le acomodaron el apodo de José “Presunción”. No hay tal que lo fuera. José Asunción Silva volaba a kilómetros de distancia sobre la cabeza de sus contemporáneos y es natural que el don de la superioridad le ganara malquerencias de más y de menos. Agudo humorista, Silva era proclive al **mamagallismo** y a satirizar ciertas actitudes ridículas de sus compatriotas. El artículo “Recuerdos de un concierto en Bogotá”, que semeja un gracioso cuadro de costumbres, es ingenioso aviso publicitario; mas no tan inofensivo. Hay deliciosas pullas para todos los gustos, como podrá advertirlo quien posea algún conocimiento de la época, y aun sin este requisito. El artículo se publicó en “El Telegrama” de 22 de noviembre de 1889.

José Asunción Silva **murió** el 24 de mayo de 1896. “El Telegrama” se extinguió pocos meses después, en octubre de ese año. Trató de resucitar en 1904, inútilmente.

* * *

RECUERDOS DE UN CONCIERTO EN BOGOTA

La vocación de Carolina Reina

Entre las hadas que dotaron a Carolina Reina, la muchacha a la moda, que tiene diez novios, el talle más airoso, los pies más pequeños y los ojos más negros de Bogotá, faltó, según decían hasta hace poco sus mejores amigos, junto a la cuna, llena de encajes, el Hada de la Música.

—Y no así no más —decía un maldiciente—, el Hada ni su tarjeta mandó.

Pequeño inconveniente aquel, en realidad, para quien, como Carolina, no necesita ni hablar para que los más fríos se entusiasmen, y para que a los mudos les provoque hacerlo para decirle cómo es de linda, y cómo se parece a todas las heroínas de idilio.

Pero es el caso que al comenzar Carolina, la ideal, como la llama el poeta L, sus estudios de piano, encontró dificultades enormes. El primer valse que ensayó lo oyeron en aquella casa durante ocho meses y medio. El humor del doctor Reina se volvió agrio y displicente, de suave y alegre que era. La señora, su esposa, comenzó a tener, a cortos intervalos, dolores muy agu-

dos en los oídos, y el especialista, llamado a toda prisa, diagnosticó una sordera próxima, producida por inflamación de los tímpanos. Alfredo Reina, el hermano, que era antes un modelo de corrección, no volvió a parar en la casa. Tenía temporadas en que duraba alzado dos o tres semanas. En cambio, hasta los rincones de los cuartos, el biombo de laca, las estatuas de bronce, y las parásitas rosadas del cuartico íntimo aprendieron el valse aludido. La cocinera lo cantaleteaba a media voz al salir para la plaza, el viento al pasar por los corredores; un señor que tenía almacén enfrente, al cerrar por la tarde; los canarios en sus jaulas, al amanecer; y una noche en que una partida de gatos, pasaba maullando por sobre los tejados negros, a la luz de la luna, en tropel fantástico, uno de los vecinos creyó distinguir, entre los *miaus* lastimeros, algunas medidas de la música en cuestión. Aquel valse era la pesadilla del vecindario. De esos meses data el alejamiento de los ratones del barrio, y en la calle, cuando alguna vieja quiere fijar la época de un suceso, la determina con alguna frase parecida a esta:

—Aguárdese un momento y le digo: eso fue hace cuatro años, cuando la señorita Reina estaba comenzando a aprender el valse.

* * *

Hubo un día en que todo aquello cesó. El piano de Carolina no volvió a sonar. Las amigas la declararon indefectiblemente nula para la música y hubo alguien que asegurara por el corte de sus uñas —unas uñas rosadas, casi transparentes, y que finalizaban aquellas manos dignas de su apellido— que sus dedos de hada no habían vuelto a atormentar las teclas.

* * *

El concierto tuvo lugar el 27 de mayo y comenzó a las 8 p. m. Nada más elegante que el aspecto del salón, alumbrado a *giorno*, y donde el terciopelo rojo de los sillones se veía apenas entre las espaldas torneadas y frescas y la palpitación de los abanicos de las mujeres, las pecheras blancas, los fracs de Poole o de Dusan-toy de los hombres. El aire cargado de respiraciones humanas, de olores de esencias y de flores, y donde vibraban las últimas notas de una cavatina de Bellini, daba consejos voluptuosos.

Más de doscientas personas buscaron el programa y leyeron:

“Sinfonía Pastoral. Beethoven, Piano, señorita Carolina Reina”.

Una agitación vaga corrió por la sala, se oyó un cuchicheo de voces femeninas, dispuesto a convertirse en carcajadas, cortado de repente por una salva de aplausos. Villahermosa, el crítico, le murmuró en voz baja a un vecino:

—Aquí fue Troya. La Sinfonía... de Beethoven, como quien no dice nada, tocada por la Reinita... y...

Vestida de blanco, toda fina, toda aristocrática, un poco pálida por la emoción, apoyada en el brazo de Luis Viana, que le hacía la corte entonces, Carolina se dirigió hacia el piano, majestuosa y lenta, paseando por toda la sala la mirada larga e interrogadora de sus grandes ojos oscuros.

Las primeras notas de la sinfonía pastoral vibraron suavemente en el aire, donde solo se oía el ruido sedoso de los abanicos. Diez minutos después el piano Steinway, como tocado por diez manos a la vez, palpitaba bajo los dedos delgados y ágiles de la pianista; una emoción de placer y de recogimiento parecía detener las palabras de admiración en la sala; el alma del maestro alemán, profunda y melancólica, reflejada en aquella música grandiosa, interpretada con prodigiosa maestría, dominaba toda aquella multitud que pensaba reír en forma a las primeras notas de la pieza esperada; Francisco Reiss, el gran filarmónico, no pudo contenerse y toda la sala oyó el “sublime” que se le escapó de los labios a tiempo que, nerviosamente, se ajustaba los lentes montados en oro, a que lo obliga su completa miopía, y, antes de que la pianista terminara, un solo aplauso de ochocientas manos ahogó las últimas notas de la frase musical, mientras que diez o doce ramos de camelias blancas, y de gardenias ofrecidas por la comisión organizadora, hacía sonrosarse a nuestra heroína con el placer del triunfo, e inclinarse dando las gracias por aquella ovación, que se prolongaba en aplausos larguísimos.

* * *

—¿Y eso, mi hija? —le decía unos momentos después, al salir, Rosita Rosas, entusiasmada por aquel triunfo increíble—. —¿La sinfonía pastoral tocada así...? Francamente yo no esperaba semejante cosa, no, yo creía como todos que tú habías dejado el piano; hasta había oído decir que... ¿Y eso?

—¿Me guardas el secreto?... Bueno, después de que dijo el maestro que no podía aprender nada, seguí estudiando, ¿no?; pero como en casa estaban desesperados con mis martilleos, porque, es decir, hasta mamá se enfermó, papá me compró un piano Apollo con sordina, que nadie ha oído fuera de Fallon, que, por supuesto, ha sido mi maestro en los dos últimos años, y gracias a poder estudiar sin molestar a nadie he podido perfeccionarme hasta tocar como toqué esta noche. Pero no es gracia. Esta sinfonía hace un año que la puse, figúrate, solo que con la sordina del piano nadie me ha oído tocar mientras la estudiaba, y que a pesar de la muerte de Alejo pude seguir practicando.

—Bueno, te guardo el secreto, ¿no?; pero mañana me dices donde consigo uno igual. ¡Estabas tan célebre cuando te entregaron los ramos! No se te olvide mandarme decir donde, porque entonces cuento. Mandame decir por escrito... y no se te olvide lo del ingeniero. Hasta mañana, que sueñes con Luis, ¿no?

* * *

Rosita Rosas recibió, al día siguiente, escrito en un papel que llevaba este monograma, C.R., en letras plateadas, y que olía a heliotropo blanco, una esquila que decía así:

Mi querida Rosa: ahí te mando el aviso del almacén donde venden los pianos como el mío. Te espero mañana a tomar el té. Avísale a Luis. Aquí estará su ingeniero, Tuya,

Carolina.

Y al pie decía:

**PIANOS APOLLO
(Con sordina)**

Los más elegantes, los más finos, los más durables, de venta en el almacén de **R. Silva e Hijo**, 291 y 293, Calle Real.

[José Asunción Silva. En "El Telegrama", noviembre 22 de 1889. Sección de "Variedades"].